



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 19 DE DICIEMBRE DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Colores de tierra y cielo en movimiento

EL EJÉRCITO ROJO

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Desde lejos pueden distinguirse: montículos de arena con diminutos trabajadores rojos. Hay muchos. Desde niño aprendes a no caer en hormigueros porque la lección suele ser de las más duras. Recuerdo que en el camino a la escuela: atravesabas un campo muy cercano al río. De niño no te fijabas por dónde pisas. El cielo y las nubes roban toda tu atención. A la fecha, intento mirar arriba... sin poder ver lo que de niño admiré; ni olvido el día en que trepé a un hormiguero.

Aquella mañana rumbo a la escuela, me encontré con un cielo limpio, al cual apenas se le formaba una pequeña nube. Mis ojos se estremecieron al observar cómo crecía. Caminé en dirección a ella, alejándome del trayecto. Pisaba pasto y hierba virgen: alta, fresca y frondosa, sobre tierra húmeda, pero firme. Iba esquivando algunas piedras. Nada podría evitar que contemplara cómo terminaba de formarse aquella nube. Quería descifrar la forma en la que terminaría ante mis ojos, y estaba a un paso de verla por completo, cuando de pronto, sentí un montículo de arena firme y en segundos un ejército rojo que trepaba por mis piernas. Subían velozmente y mordían con sagacidad. Perdí la nube y tres semanas de escuela. Las hormigas me picotearon todo, intoxicándome y dejándome terriblemente adolorido de los pies a la cabeza.

Luego, los años pasan y los campos cambian. En mi camino a la chamba, ahora paso cerca de aquel campo. Los habitantes acabaron con aquellos montículos y sus ejércitos rojos. El lugar lo ocupan comercios donde se venden: desde elotes asados hasta vinos que se fabrican en el pueblo. Son bebidas que cuando el hombre se encuentra con hambre, brindan cobijo y arrullo... Yo prefiero: ¡El Bacachá Puro!

Al salir de la chamba, los viernes me lanzo con Don Lupe por mi litro de alcohol, una coca bien fría y una bolsa de hielo. Luego, en la casa, a veces cae mi compadre "El Beto", y hablamos hasta encontrarle fin a la botella. Esa es nuestra manera de cerrar la semana. Mi vieja preparara sopes con salsa verde... ¡de la picosa! Cuando llega noviembre, ella se pone de manteles largos y prepara un adobo de cacahuete y jumiles. Para recolectarlos, hay que esperar a que pase el día de muertos y subir al cerro guiados por el zumbido. Hay que tener paciencia. Los jumiles son muy lentos y en el momento indicado comienzan a caer de debajo de las hojas. Es preciso no estresarlos, porque luego apestan. Ya en la salsa, su sabor a canela picosita es incomparable...

Eso era lo usual cada año.

Pero, un buen día, las cosas cambiaron. Llegó la pandemia y llevamos más de un mes sin salir. La gripa voraz



china nos ha mantenido encerrados y la chamba bajó. Mis salidas a contemplar el cielo también disminuyeron. El Bacachá y demás licores están en la lista de cosas no permitidas en producción. Ya ni los de las tienditas se animan a vender algo, porque la multa les sacaría hasta los ojos. Pero el Beto nunca falla y, llevando tantos días sin pisto, sé que se las ingeniará.

Al caer la noche, escucho su troca acercándose, la reconozco por su escape como de aullido de lobo hambriento: Adivino que viene a visitarme porque finalmente lo ha conseguido. "Mire, no hay abasto; pero compré ron de caña, del que venden en el pueblo, el del chorrillo, disque muy bueno". "Pues mientras pegue, ¡bienvenido! ¡Vieja, prepárate los sopes porque mi compadre y yo vamos a resolver el mundo!"

Entre risas, burbujas de refresco y crujir de hielos, acabamos con la primera cuba. El estupor lo sentí desde el primer trago: llegando vibrante a todo mi cuerpo. La euforia del elixir se intensificaba con cada pequeño trago. Había que engañar la botella, por la escasez. Pero con la segunda cuba, en cosa de segundos, mi vista cambió, se me nubló todo y los sonidos aturdían. El Beto comenzó a gritar desgarradamente. Se nos vino un dolor interno desde las vísceras que salpicó por todos lados, como espuma de leche que explota en la olla hirviendo.

Despierto en una cama del sanatorio. Abro los ojos, pero no veo nada, sigo aturdido. La enfermera pregunta que si oigo, que si siento, que si veo... Escucho que llama al doctor: "¡El intoxicado ya despertó!". Crecen los murmullos y la cercanía de unos pasos caminando hacia mí. No logro ver ni las sombras.

"Sr. López ¿cómo se siente?"

"No puedo ver".

De pronto, advierto aquel ejército rojo de hormigas caminado sobre mi cuerpo.

"¿Qué chingados está pasando?"

"Logré sobrevivir a una intoxicación por alcohol adulterado; pero ha perdido la vista de manera permanente. La bebida le causó daños neurológicos muy severos. La sensación de hormigueo en el cuerpo es una condición que lo acompañará el resto de su vida".

"¡Duele, montoneras! ¡Duele! ¡No paran de mordisquear! Están arrancándome el pellejo a trozos..."

NIÑA POR SIEMPRE

OLGA DE LEÓN G.

Cuentan las gentes del pueblo de una niña que nació santificada, que vino al mundo a salvar a los desamparados, a los abandonados de la mano de Dios, porque Dios tenía ya demasiado trabajo con tanto mal en el mundo y tan pocos dadiñosos que quisieran ayudar a sus semejantes sin esperar nada a cambio: eso decían. Nació en una casita blanca con techo de paja y paredes de adobe, habitada por sus tatas y cinco hermanos. Todos varones y mayores que ella.

Los años pasaron y la niña aquella se quedó niña y pequeña. En el barrio decían que era porque casi no comía ni dormía, solo muy de vez en cuando, pues siempre había alguien que la necesitaba y ella estaba para todos los que reclamaban su ayuda.

La niña no se daba cuenta de que los años pasaban y se fue quedando sola, con sus tatas viejitos. Sus hermanos pronto se fueron al otro lado, a donde todos se iban para ganarse el sustento y mandar dólares para que las familias que iban dejando, por no poder pasar el río todos juntos, pudieran tener con que comprar sus alimentos y mandar a los hijos a la escuela.

Casi nunca los chamacos avanzaban más allá de cuatro o cinco años de escuela, pues les salían trabajos que les dejaban dinero...

Hasta que los hijos de aquellos hermanos de la niña santa, se hacían grandes y también jalaban para irse de mojados a buscar mejor suerte entre los vecinos gringos, fueran güeros o solo medio güeros, que ya había muchas cruas entre prietos y blancos, por más que fueran o no legales y derechos o chuecas las mezclas, entre los de allá y los de este lado que cruzaron el río Bravo, en pedazos traicionero y asesino... Que en sus aguas murieron muchos, sin alcanzar la otra orilla.

Un día la niña amaneció enferma, nunca antes se había enfermado de nada, ni siquiera una gripa común y corriente. Pero no se quedó quieta ni en la cama, amaneció trabajando como siempre lo había venido haciendo.

Se vistió con su gabán blanco y arrojó su silla hasta el postigo de la ventana principal de la casita de sus tatas, y se dispuso a rezar con el rosario enredado entre los dedos de sus manos, la mirada concentrada en las cuentas y cubierta cabeza y parte del rostro con la capucha, mientras uno a uno, los dolientes se iban acercando.

Todos la describían de piel tan blanca como el papel bond y mirada dulce y piadosa, pero sobre todo hablaban de sus manos pequeñas y milagrosas, que no necesitaban tocarlos, para aliviar sus males. Lo cierto es que nadie había visto su rostro una sola vez, quizás cuando empezó su labor de santa, cuando aún era verdaderamente una niña muy niña.

Comenzaba a derramar bendiciones al desputar el alba y se retiraba hasta que ya nadie quedaba frente a la ventana, casi siempre al empezar a anochecer. Ese día, en el que amaneció enferma, sobre el techo de su humilde casa, se habían ido acercando un grupo de nubes gordas y blancas, no grises, así que nadie pensó que llovería. Y, ciertamente, no llovió, pero adentro de la casa se oscureció el día mucho antes de que anocheciera.

Al día siguiente, por la mañana, las nubes gordas y blancas seguían sobre la techumbre de la humilde casa, solo que ahora estaban coronadas por un haz de luz en forma de cruz que se podía ver desde muy lejos.

Los peregrinos se acercaron atraídos por ese fenómeno natural que los vecinos le atribuían a la misma niña que jamás había crecido... y que, al cabo de más de cinco décadas, ya le decían la "enanita santa", pues no admitían que pudiera seguir siendo una niña.

Ese día, el siguiente del que aparecieron las nubes y el haz de luz sobre su casita blanca, ya no apareció la niña frente a la ventana. Tampoco se supo nada de sus tatas. Los tres desaparecieron entre las nubes blancas.

Así nació la leyenda.



Albert Camus

(Mondovi, Argelia, 1913 - Villebleirin, Francia, 1960) Novelista, dramaturgo y ensayista francés. Nació en el seno de una modesta familia de emigrantes franceses, su infancia y gran parte de su juventud transcurrieron en Argelia. Inteligente y disciplinado, empezó estudios de filosofía en la Universidad de Argel, que no pudo concluir debido a que enfermó de tuberculosis.

Formó entonces una compañía de teatro de aficionados que representaba obras clásicas ante un auditorio integrado por trabajadores. Luego ejerció como periodista durante un corto período de tiempo en un diario de la capital argelina, mientras viajaba intensamente por Europa. En 1939 publicó *Bodas*, conjunto de artículos que incluyen numerosas reflexiones inspiradas en sus lecturas y viajes. En 1940 marchó a París, donde pronto encontró trabajo como redactor en *Paris-Soir*.

Albert Camus empezó a ser conocido en 1942, cuando se publicaron su novela corta *El extranjero*, ambientada en Argelia, y el ensayo *El mito de Sísifo*, obras que se complementan y que reflejan la influencia que sobre él tuvo el existencialismo.

Sus primeras obras de teatro, *El malentendido* y *Calígula*, prolongan esta línea de pensamiento que tanto debe al existencialismo, mientras los problemas que había planteado la guerra le inspiraron *Cartas a un amigo alemán*.

Su novela *La peste* (1947) supone un cierto cambio en su pensamiento: la idea de la solidaridad y la capacidad de resistencia humana frente a la tragedia de vivir se impone a la noción del absurdo. La peste es a la vez una obra realista y alegórica, una reconstrucción mítica de los sentimientos del hombre europeo de la posguerra, de sus terrores más agobiantes. El autor precisó su nueva perspectiva en otros escritos, como el ensayo *El hombre en rebeldía* (1951) y en relatos breves como *La caída* y *El exilio* y el reino, obras en que orientó su moral de la rebeldía hacia un ideal que salvara los más altos valores morales y espirituales, cuya necesidad le parece tanto más evidente cuanto mayor es su convicción del absurdo del mundo.

Si la concepción del mundo lo emparenta con el existencialismo de Jean-Paul Sartre y su definición del hombre como «pasión inútil», las relaciones entre ambos estuvieron marcadas por una agria polémica. Mientras Sartre lo acusaba de independencia de criterio, de esterilidad y de ineficacia, Camus tachaba de inmoral la vinculación política de aquél con el comunismo.

De gran interés es también su serie de crónicas periodísticas *Actuales*. Tradujo al francés *La devoción de la cruz*, de Calderón de la Barca, y *El caballero de Olmedo*, de Lope de Vega. En 1963 se publicaron, con el título de *Cuadernos*, sus notas de diario escritas entre 1935 y 1942. Galardonado en 1957 con el Premio Nobel de Literatura, falleció en un accidente de automóvil.

ad pèdem literae

Crees que estás escapando y tropiezas contigo mismo. El rodeo más largo es el camino más corto a casa

James Joyce

Letras de buen humor

La riqueza es como el agua salada; cuanto más se bebe, más sed da.

Arthur Schopenhauer

Mónica Lavín

Leer a Ana García Bergua

Estar de viaje, en el traslado, en el hotel al que llegamos nos coloca siempre en una condición de pasajeros en tránsito, así le llaman en el léxico aeroportuario a ese pisar un aeropuerto intermedio para subir al siguiente avión que lleva al destino. Curiosas palabras: tránsito y destino. Dos vocablos que permiten encuadrar los 18 cuentos del nuevo libro de Ana García Bergua. Leer en los aviones, además de ser el título del libro, recientemente publicado por Editorial Era, es el del cuento que abre este manjar de situaciones inquietantes donde la mirada siempre original de la autora y ese oficio que ha labrado a pulso se decantan con una naturalidad pasmosa. El cuento umbral sienta el tono de la experiencia lectora en la que acompañaremos a los distintos personajes en aviones, en trenes, en autobuses, en coches, en zapatos o patines de adolescente, donde siempre hay algo que rebasa la anécdota y nos implica a todos. Estar en tránsito, desligados de nuestras casas y nuestras cosas nos vuelve otros: más libres, más anónimos, más transgresores, y también más sujetos a una circunstancia inesperada. En estos no lugares, como los ha llamado la propia autora, es donde ocurren las breves historias que tan pronto nos llevan con Amatista a la búsqueda de sus orígenes en la isla de Córcega, donde una pata de conejo gastada es el amuleto que lo puede todo, o a un hombre obsesionado por subirse al Concord,

el avión mítico que finalmente fracasó y que García Bergua utiliza con extrema pericia para acompañar el propio despeñadero de la pareja. Pero estar en tránsito es poder leer a nuestras anchas en el asiento del avión, es tener el tiempo para nosotros (por lo menos a mí me pasa) hasta que algo se inmiscuye en esa intimidad cosechada con trabajo y con pretextos como ocurre a Bermudez. Con su inclinación escenográfica, Ana nos revela y contrasta la vida que revelan los muebles y objetos personales que carga el camión de mudanzas y las de los mudanceros que esperan a pie de carretera y librarán la vida sentados en aquel Chipendale ajeno.

Los hoteles son espacios significativos en varios de estos cuentos, ya sea porque no se puede llegar a ellos, como en "Hotel Marmara", porque hay una puerta que comunica dos habitaciones y Soledad recuerda aquella intrusión de infancia en la intimidad de sus padres, o porque la organizadora de una convención de arquitectos se provee de un Room service de carne y hueso, o porque los elevadores de un hotel, verdaderos estuches de fantasía nos dice García Bergua, llevan a ese bombón con olanes, la señorita Rossini, que Anselmo contempla año tras año desaparecer piso arriba.

Dividido en tres partes, en la primera los personajes de los cuentos se trasladan con la ilusión de encontrar otros paraísos,



en el amor en los libros, en el silencio de un viajero, en los ladridos de un perro, en la película que pasan en el autobús donde va el amenazado de muerte. En la segunda se confunden los planos de lo real y lo fantástico, de lo soñado y lo posible, del pasado romántico y los ronquidos de un presente en la litera de un tren, o el pulular de los muertos, que con un guiño a la herencia rulfiana, se confunden con los vivos. En la parte tres, la autora pone el acento en las obsesiones y en las relaciones de familia que corona el cuento "Matar al padre", donde el padre del sociólogo culto, calvo y gordito es un tur-

ista que colecciona souvenirs y folletos. Pero el padre enfermará en Delhi y el hijo con la novia tendrán que viajar y experimentar que la agonía de uno es la dicha del otro, hasta que...

Leer en los aviones (donde quiera que usted lo lea) no tiene desperdicio. En estos cuentos el humor y la ternura, la tragedia y la luz se dan la mano sin explicar demasiado. Al fin y al cabo en esta vida todos somos pasajeros en tránsito.

P.D.

Feliz Navidad. Regale un libro. Y todavía mejor, que reciba muchos.